



Fábula

LA ORUGA SABIA

Autora: Edith María Pérez Méndez



LA ORUGA SABIA

Había una vez una oruga muy sabia, que en vez de devorar hojas verdes devoraba páginas de libros. Con cada letra que se comía aprendía algo nuevo y al cabo de un tiempo, tenía el conocimiento del libro completo.

Su vida se había desarrollado en la oscuridad de una biblioteca, pues solo ese lugar había conocido. Había aprendido acerca de las ciencias exactas, geografía, historia, y ni hablar de literatura, pero no es como si hubiera podido hacer mucho con su conocimiento porque de los estantes nunca pasaba. Era tan soñadora que creaba en su mente mundos imaginarios como los que se comía en cada página.

Un día, luego de acabarse un libro de filosofía, se sintió repleta y decidió recostarse en el marco de una de las ventanas de la biblioteca que era su hogar. Se quedó ahí por varias horas, digiriendo cada palabra que se había comido. Eructó una vez y se sintió inspirada, por su cabeza pasaban ideas de tantos filósofos como pueden imaginarse: que Platón y su caverna, Sócrates y su discurso, Buda y el recto esfuerzo y hasta le pareció escuchar sus voces en el silencio.

Luego de un rato empezó a sentirse más liviana, se estiró ahí donde estaba y pensó que era momento de seguir avanzando.

Miró hacia afuera -cosa que nunca había hecho- y vio un hermoso jardín lleno de flores y mariposas, los arbustos muy verdes con sus hojas empapadas de rocío y las flores de múltiples colores como las que alguna vez se comió en las ilustraciones de los libros -lo que la hizo preguntarse si sabrían a lo mismo. Observó cuidadosamente cada detalle del entorno: los árboles movidos por el viento y los rayos del sol vespertino colándose entre sus ramas.

Sus ojos se detuvieron en un grupo de mariposas, las miraba revolotear en círculos alrededor de las flores, y admirada, observaba sus hermosas alas amarillas y blancas. Fue entonces cuando nació en ella un deseo casi indescriptible y se dijo a sí misma: "Yo quiero volar como ellas".

La idea de un viaje interior y de conocer su propio poder se le había impregnado luego de su última lectura, así que empezó a desplazarse con la lentitud que la caracterizaba para buscar un agujero

por el cual salir. En eso ¡Saz! Se encontró de frente con una araña desconocida:

- Hola amiga oruga ¿qué andas buscando?
- Un agujero.
- ¿Y para qué un agujero?
- Voy a salir de aquí para moverme entre las flores.
- Mmm... yo que tú ni me arriesgo. Acá estamos seguras afuera hay depredadores, pájaros feroces que gustan de orugas como tú. Más bien por qué no te quedas, yo tengo espacio en mi tela.
- ¿Crees que no me doy cuenta de que quieres comerme?
- Yo sólo decía, que desconfiada eres.

La oruga dio media vuelta y siguió su camino. Iba enfocada en su objetivo mirando a su alrededor cuidadosamente, un atisbo de luz podría significar el punto de partida, pero muchas veces cuando más se desea este se desaparece. Iba por la mitad de camino – es decir del marco de la ventana- cuando sintió una sombra sobre ella. Era su vecina la polilla que husmeaba a ver qué estaba haciendo.

- Oruga, dime en qué andas.
- Busco un agujero.
- ¿Para qué?
- Para salir al jardín.
- ¿Al jardín? ¿Y qué quieres hacer ahí?
- Quiero volar entre las flores.
- Que extraño, yo nunca he visto una oruga que vuele.
- Solo usa tu imaginación.
- Yo que tú me quedo de este lado de la ventana. La luz del sol hace daño y es molesta. ¿No has oído hablar de los rayos ultravioleta?
- Te molesta porque eres una polilla, eres nocturna.
- ¿Y tú cómo sabes eso?
- Sencillo, me comí un libro de biología y eso decía.

La oruga se despidió y siguió avanzando, siempre atenta por si aparecía un agujero. La polilla se alejó algo decepcionada y le hizo señas a la termita para que saliera a su encuentro.

- Hola oruga, como que se te perdió el camino.
- No lo creo solo inicio uno nuevo.
- ¿Y qué andas buscando?
- Un agujero.
- Yo soy experta en eso solo dime en qué estante o en qué libro y en un dos por tres puedo hacerlo. Circular, torneado, rectangular, cuadrado o ...
- No lo quiero en un libro, quiero uno que me permita salir al jardín.
- ¿Al jardín? ¿Pero te has vuelto loca? Si aprecias tu vida no te arriesgarás a andar por ahí sola.
- -Es que acaso no te das cuenta de que debes mirar hacia el horizonte, se ve despejado.
- El único horizonte que conozco es el de la madera con olor antiguo, bueno la verdad no sé qué es un horizonte, pero si es un manjar.
- Olvídalo, ¿entonces no me ayudarás a hacer el agujero?
- Ni lo pienses, no me convertiré en cómplice de una tragedia.

La oruga siguió adelante, de algún modo, aunque las palabras que le decían eran duras, había algo en ese jardín que le decía que continuara.

Al llegar a la esquina de la ventana, vio un rayo de luz que se colaba y divisó lo que tanto buscaba, un pequeño hoyo entre la madera. La oruga que por tanto libros que devoraba se encontraba algo pasada de peso, empezó a hacer cálculos a ver si pasaba por ahí. Estaba sumamente concentrada aplicando sus cálculos físico-matemáticos cuando se le acercó un grillo y la sacó de su ensimismamiento.

- Hola querida oruga ¿qué estás haciendo?
- Calculo si mi masa corporal pasa por ese agujero.
- ¿Y cómo pretendes hacer eso?
- Aplicando algunas fórmulas, pero déjame concentrarme.
- Creo que es un gran riesgo, pasar por ahí no es sencillo. La última vez que alguien lo intentó no vivió para contarlo.
- ¿Y quién lo intentó antes que yo?
- No sé, me lo contaron.

La oruga se armó de valor y dio el primer paso, mientras el grillo la miraba aterrizado. Fue atravesando el agujero muy despacio. La luz del sol le dio en los ojos, lo que hizo que perdiera la visión momentáneamente. Ahí se enteró, de que su cuerpo era más flexible de lo que imaginaba y luego de unos cuantos tirones y algo de esfuerzo, ya estaba al otro lado.

Desde ahí, escuchó al grillo gritando ¡No oruga, no lo hagas! pero su voz sonaba muy lejana. La oruga estaba realmente exhausta. Salir de ahí había agotado sus fuerzas. Sintió el leve calor del sol atardeciendo y supo lo que era la brisa. Ahí se dio cuenta de que no tenía razón la polilla y que el grillo y la araña no sabían lo que se perdían.

Luego de unos minutos miró hacia el frente y se topó con una mariposa amarilla y una libélula azul, quienes la vieron en la ventana y a coro le preguntaron:

- ¿Estás lista para el cambio?

La oruga de tanto esfuerzo que había hecho se sentía algo confundida y no comprendía lo que le decían.

- Es tiempo de que inicies tu capullo para que pronto vuelas como nosotras.

Los ojos de la oruga se llenaron de ilusión, unos minutos atrás las miraba como algo lejano y parecía que no tendría que esperar mucho para poder ser una de ellas.

Unas pocas semanas después la oruga ya no fue más oruga. Estrenó sus alas volando en el jardín y posándose sobre todas las flores. Ahí comprobó que el néctar que había en ellas era mucho mejor que el sabor de las ilustraciones de los libros. Se había liberado de su encierro a través de su propio esfuerzo y había cambiado el silencio por el canto de los pájaros y la alegría de la naturaleza.

Fue entonces, cuando al dar vueltas alrededor de las flores miró hacia la biblioteca su antiguo hogar y se quedó pensativa. De cuántas cosas se había perdido y cuántas otras había aprendido en ese lugar. Se acercó un poco a la ventana y miró el agujero, para enterarse de que jamás volvería por el mismo camino. Tomó algo de distancia y desde ahí saludó a sus viejos amigos: el grillo, la polilla, la termita y la araña, quienes la miraban sin reconocerla, al otro lado de la ventana.

Moraleja: *Nunca escuches las voces del miedo, confía en ti mismo y acepta con amor el cambio.*